

Tiempo y memoria en Proust

Judith Osorio Bautista

Héteme aquí ante estas blancas páginas [...] buscando retener el tiempo que pasa, [...] tratando de derramar mi vida a fin de continuar viendo, de darme la vida, de arrancarme a la muerte de cada instante.

Miguel de Unamuno

Tiempo

Entidad que me intriga y me cautiva, que me llena de los más profundos pensamientos y crea todo tipo de dudas sobre mi existencia: ¿qué es? ¿Soy capaz de afrontarlo? ¿Es posible domarlo y encerrarlo en una jaula y pelear contra él? El presente ensayo fue su víctima. La «yo» que escribió las primeras ideas en una hoja suelta de mi carpeta, se fue deformando con el paso de las semanas y los días y acabó desviándose varias veces a lo largo del camino. Sin embargo, la «yo» de esos momentos condicionó su existencia a una anterior que, a su vez, estaba vinculada a otras, incluso antes, y así sucesivamente.

Y he llegado a pensar que por nuestro cuerpo van desfilando diversos hombres, hijos de cada día, y que el de hoy se devora al de ayer como el de mañana se devorará al de hoy, quedándose con algunos de sus recuerdos, y que nuestro cuerpo es un cementerio de almas.¹

El ser humano es rehén de la tiranía del Tiempo —sí, así con mayúscula—, al que no se le permite escapar del cautiverio que este le impone. Este mismo Tiempo, que simultáneamente está consagrado como máxima potencia del ser humano, fue objeto de análisis de Marcel Proust,² que no solo cuestionó su paso sin tregua, sino que decidió emprender un viaje que

¹ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 134.

² «Enfrentado al dogmatismo materialista de Saint Beuve, de algún modo impulsor del naturalismo cientifista y hegemónico que no logra concebir la obra al margen de la biografía, Proust avala una realidad de horizontes ensanchados en los que cabe lo que se ve y se ve lo que se siente, de tal modo que el pasado adquiere prestancia de presente por obra y gracia de la memoria. Lo supo entender enseguida Walter Benjamin en “Una imagen de Proust” (*Imaginación y sociedad. Iluminaciones I*, Madrid Taurus, 1998), asegurándonos que Proust “transforma la existencia en un bosque encantado del recuerdo” (p. 21). La realidad de Proust no está hecha de certezas, sino de intuiciones y recuerdos, y la soberbia naturalista de querer aprehender el mundo de forma unívoca y dogmática —el escritor notario de su

logró eludir la implacabilidad de este: escribió siete tomos de una serie titulada *En busca del tiempo perdido*.

A la vez que leía *Por el camino de Swann* —primer libro de la serie— empecé a ver al Tiempo ya no como una simple demarcación entre presente, pasado y futuro, sino como la hoz que va segando la continuidad de la vida y que un día acaba con ella, cosechándola toda. ¡Qué triste y doloroso es el conocimiento de la muerte que no sucederá cuando yo lo decida —o sí— sino que llegará cuando Tiempo acabe conmigo! Este tema logró germinar en mí un doloroso sentimiento: cuanto más pensaba en la muerte, más deseaba entenderla. Su proximidad me aterrorizaba, deseándola todo el tiempo.

Compré el libro en noviembre de 2021, jamás, hasta estos momentos tuve oportunidad de leerlo. Cuando lo recibí, leí el título *En busca del tiempo perdido 1* y, justo al lado, *Por el camino de Swann*. Ahí estaba Tiempo, impreso en tinta negra, mirándome fijamente. Hoy entiendo que él y yo estamos siempre uno detrás del otro —como Uróboros, esta serpiente que engulle su propia cola formando un círculo—, y cuanto más corro detrás de él, más lo pierdo. ¡Qué caza injusta me fue impuesta!

Decidí no luchar más contra él y fui a explorar en Proust cuál era su «obsesión» de buscar —quizá en vano— el Tiempo, que acaba siendo redescubierto o, al menos, tratado desde una perspectiva diferente, madurado a través de los años. ¿Será posible algún día no pensar en el Tiempo? Porque comencé una batalla contra él. Leí la novela.

En *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno presenta dos principios: el de unidad del hombre y el de la continuidad del tiempo. El primero reside en la amalgama del interior de nosotros y nuestras acciones, culminando en las diversas etapas de la vida. Cuando resolvemos tomar una decisión es necesario apoyarla por nuestra voluntad y nues-

tiempo, como quería *monsieur* Zola— no tiene cabida en la literatura impresionista, lúdica, irónica y especular de ese zahorí del espíritu que fue *monsieur* Proust»: Javier Aparicio Maydeu, *Lecturas de ficción contemporánea*, p. 76.

tras acciones. Si decido escalar una montaña, la decisión proviene de mi deseo interior y, para lograrlo, mis acciones deben acompañar este camino, lo que significa que debería entrenar o comprar el equipo necesario para emprender tal empresa.³

El segundo principio es la noción de que estamos compuestos de diferentes etapas de conciencia a medida que pasamos por el Tiempo. Hoy soy el resultado de una serie continua de mis etapas de conciencia pasadas que definirá mi «yo» futuro. ¿Cómo mantenerse en sintonía como unidad, aunque sea el resultado de diferentes etapas de conciencia? Para Unamuno la parte encargada de unir los dos extremos del hombre es la memoria.⁴

Los recuerdos no se privan ni se dejan en el pasado, por el contrario, los viviremos. Hoy, si quiero tomar una decisión, sin duda traeré a mi mente los recuerdos que tengo sobre el sujeto o evento y, al confiar en ellos para llevar a cabo mi acción, conservo mi esencia, mi unidad. Así, según el filósofo, vivimos en recuerdos y por recuerdos, porque la memoria es la base de nuestra personalidad.

Pensar en la propia existencia es pensar en el fin de esta, y al final, paradójicamente, nos acerca a la eternidad. ¿Qué seremos cuando ya no existamos? Y saberse eterno es, por casualidad, alguna fuente de ¿aliento? ¿Quiénes seremos en la eternidad? ¿El fin de la existencia presupone el borrado de las etapas de mi conciencia? ¿O simplemente seré una sucesión de varios «yo»? ¿Cómo alcanzar la eternidad? «He aquí la terrible blancura del agujero negro».⁵

Por el camino de Swann versa los recuerdos de un niño melancólico en sus días infantiles, narrador homónimo en primera persona que no impone ningún tipo de barrera entre nosotros, lectores, e historia. La obra de Proust no puede contarse en detalle y tampoco se pueden enumerar los eventos, lo cual da a la novela un tono onírico, como si el narrador, de un solo aliento, estuviera traduciendo en sus palabras las motivaciones internas más profundas. Esto también es percibido en el diseño de

³ Miguel de Unamuno, *op. cit.*, p. 13.

⁴ *Ibid*, p. 70.

⁵ *Ibid*, p. 74.

la novela, que no está dividida en capítulos; sus párrafos tienen una longitud equiparable al tamaño de nuestros pensamientos, que entran en un círculo vicioso de digresión, con un recuerdo tirando del otro, como un ovillo de hilo que se deshace de un todo.

En la novela se presenta parte de una vida —el resto la encontramos en los seis volúmenes restantes— con acontecimientos y vivencias, angustias, amores y desesperación, todo registrado en sus casi quinientas cincuenta páginas que van pasando, conforme leemos, como el agua por un río, sin detenerse. El narrador nos pone en contacto con su propia vida, permite el acceso a sus pensamientos, conflictos internos, pasiones y dudas de una manera fascinante, guiándonos a través de líneas y párrafos interminables.

Unamuno sigue de cerca a Proust, con curiosidad y admiración por la forma en que aborda la mayoría de los misterios del alma humana:

En estos días he leído a Proust, prototipo de escritores y de solitarios y ¡qué tragedia la de su soledad! Lo que le acongoja, lo que le permite sondear los abismos de la tragedia humana es su sentimiento de la muerte, pero de la muerte de cada instante, es que se siente morir momento a momento, que diseña el cadáver de su alma, y ¡con qué minuciosidad! ¡A la rebusca del tiempo perdido! Siempre se pierde el tiempo. Lo que se llama ganar tiempo es perderlo. El tiempo: he aquí la tragedia.⁶

Podemos interpretar que la obra de Proust es un escape a la muerte, porque con cada recuerdo reproducido continuará existiendo, eternizándose y no morirá con la muerte del escritor.

El proceso de entrar en mis recuerdos es el mismo que pensar en mi existencia. Y este pensamiento no está libre del peso de la conciencia sobre mi vida, lo cual me genera ansiedad, angustia y desesperación. *Por el camino de Swann* expone, sin nada que se interponga, los mecanismos más ingeniosos y detallados de la vida. El narrador no escatima en la cantidad de palabras al contar su historia, sus

⁶ Miguel de Unamuno, *Cómo se hace una novela*, p. 47.

recuerdos de la infancia y cómo este periodo fue uno de los más desafiantes de su vida, ya que es el momento en el que se descubre como partícipe del mundo, interactúa con otros y observa lo novedosa que puede llegar a ser la existencia. Y este proceso del recuerdo y de lo que provoca no solo están retratadas en él, sino que afecta también a las personas que lo marcaron, como el señor Swann, vecino de su familia, a quien dedicó atención especial, ya que sus sufrimientos también le afectan cuando es adulto.

El proceso de escritura es reflexivo: pensar en la angustia del hombre es pensar en lo que nos afecta a nosotros mismos. Siendo así, ¿toda novela sería una actualización de quien lo escribe? Para Unamuno la respuesta es sí: «toda novela, toda obra de ficción, todo poema, cuando es vivo, es autobiográfico. Todo ser de ficción, todo personaje poético que crea un autor hace parte del autor mismo». ⁷ Por lo tanto, es necesario que la escritura se base en recuerdos, en recuerdos que tienen los autores.

Roland Barthes dice, en su libro dedicado al escritor, que Proust tiene una relación con el género biográfico, ⁸ y aunque las vidas paralelas de Proust y el narrador solo coinciden en pocos puntos, lo que tienen en común es una serie de hechos: «un largo periodo de vida social intensa, un duelo muy marcado (madre o abuela), una reclusión involuntaria (en una casa de reposo)». ⁹ Todo esto tiene la misma relevancia en la obra y en su vida. Contrario a Unamuno, Barthes dice que «no encontramos la vida de Proust en su obra, sino que *encontramos su obra en la vida de Proust*». ¹⁰

Si las obras se basan o no en los recuerdos que tienen los autores sobre acontecimientos no tiene relevancia, al final eso se puede crear en sus personajes. Pero esa creación viene del mismo proceso que hacemos como seres humanos, ¿cómo accedemos a ellos? ¿El proceso es voluntario? ¿Solo con tener la voluntad de recordar el evento ya está hecho? Marcel, el narrador, desarrolla el proceso así:

⁷ *Ibid.*, p. 60.

⁸ Roland Barthes, *Marcel Proust*, p. 17.

⁹ *Ibidem.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 18.

[...] abrumado por el triste día que había pasado y por la perspectiva de otro tan melancólico por venir, me llevé a los labios una cucharada de té en el que había echado un trozo de magdalena. Pero en el mismo instante en que aquel trago, con las migas del bollo, tocó mi paladar, me estremecí, fija mi atención en algo extraordinario que ocurría en mi interior. Un placer delicioso me invadió, me aisló, sin noción de lo que le causaba. [...] Dejé de sentirme mediocre, contingente y mortal. ¿De dónde podría venirme aquella alegría tan fuerte?¹¹

El fragmento emblemático de la obra de Proust, el famoso sorbo de té con magdalena, es intenso, saca a la superficie muchas ansiedades del proceso de recordar. El ser, visto antes que el objeto desencadenante de la memoria, tiene no solo la tarea de explorar el evento a través de los recuerdos, es responsable de construirlos. En sí mismo, en el mundo exterior, no significa nada, pero lo transforma en una realidad genuina y conectada a su esencia.

¿Cuántas veces me ha pasado lo mismo? ¿Cuántas veces he estado por realizar alguna actividad, de forma automática y cotidiana y, por alguna razón, recuerdo un evento pasado que involucra algo que se nota en el presente? En Proust, la acción de beber té, tan integrada a la rutina, le hizo mirar atrás. Poco después el narrador menciona que la verdad no está en la bebida, sino en sí mismo y revela así el carácter subjetivo de la memoria.

Regresando a los principios de unidad y continuidad de Unamuno, tenemos un personaje que busca recordar en cada momento las etapas previas de conciencia para ser fiel a sí mismo. Sobrevive en los recuerdos por el bien de ellos. No deja escapar ni un solo momento de su infancia, revela detalles, pensamientos, eventos y sentimientos, cada recuerdo es como una herida expuesta al lector y que no se excluyen entre sí, el anterior se vincula con el siguiente, crean una cadena de acontecimientos que forman la personalidad de Marcel. Es a través de esos recuerdos, evocados en una digresión a lo largo de la narración, que se conocen los distintos

¹¹ Marcel Proust, *Por el camino de Swann*, p. 67.

estados de conciencia, aquellos que lo llevan a comprender a los demás y están en consonancia con las acciones del «yo» del momento, preservando ese principio de unidad.

Un objeto presente, independiente de su naturaleza, ya sea sin precedentes o no, es responsable de desencadenar una fuerza poderosa que surge de nuestro ser para liberar algo que aun no existe en forma, pero está en proceso de preparación. Así, nuestra subjetividad es responsable de explorar y crear esta manifestación de la memoria. En el proceso de elaboración y manifestación de esta, el ser transfiere su impresión sobre el acontecimiento vivido y, como por arte de magia, este recuerdo es percibido por nosotros con fuerza.

Para Marcel el acontecimiento de la muerte se presenta como una idea que es difícil de manipular, comprender y aceptar. Una de sus primeras experiencias con ella es la muerte de su abuela, hecho que lo persigue a lo largo de toda la obra, recordada en múltiples oportunidades:

[...] el pensamiento de los moribundos se vuelve hacia el lado efectivo, doloroso, oscuro y visceral, hacia el revés la muerte, que es cabalmente el lado que ésta les presenta y los hace sentir, mucho más parecido a un fardo que los aplasta, a una dificultad de respirar, o a una sed muy grande, que a lo que llamamos idea de la muerte.¹²

Para el narrador el fin de la vida no está relacionado con algo trivial ni como una idea sencilla de experimentar ni aceptar. Se representa la noción de necesidad de que la muerte se acerque para poder pensar en su existencia.

El ser humano siempre está en busca de la unidad, que es la convergencia de sus acciones con la personalidad que al mismo tiempo está ligada a la memoria, lo que une los dos extremos de la vida, pero debido a que conocemos nuestra condición de finitud, eso hace que contemplemos la existencia misma. Y sobre este conocimiento es que me pre-

¹² *Ibid*, p. 115.

gunto: ¿cuándo moriré? ¿Cómo he de morir? ¿Qué se sentirá? ¿Me daré cuenta de que estoy muriendo? Todas estas preguntas ponen en duda la vida misma y genera una angustia existencial. Y en este proceso es que continúo la búsqueda de mi unidad para apaciguar esta aflicción.

Ante el hecho desconocido de la muerte, ¿cómo podemos mantenernos unidos a nosotros y separados de la angustia? El escritor no necesariamente hablará de su propia existencia, pero lo que sí hace es crear una existencia diferente a la suya y a la nuestra. Albert Camus,¹³ en *El hombre rebelde*, afirma:

El mundo novelesco no es más que la corrección de este mundo, según el deseo profundo del hombre. Pues se trata indudablemente del mismo mundo. El sufrimiento es el mismo, la mentira y el amor. Los personajes tienen nuestro lenguaje, nuestras debilidades, nuestras fuerzas. Su universo no es ni más bello ni más edificante que el nuestro.¹⁴

Entonces la novela es la creación de un mundo que da forma a la existencia humana, otorgándole unidad fuera de lo real. El proceso de la escritura de la novela se desencadena por el sufrimiento del ser humano, tal vez para reconciliarse con sus angustias.

Para Camus la novela se crea a partir del mundo real, del cual el hombre no puede simplemente separarse y borrar su existencia. La creación de ese mundo imaginario, basado en un modelo real, está limitado por acontecimientos que son capaces de dar la forma y la unidad que le hace falta al hombre. Por eso recurrimos a la novela, porque no encontramos eso en la realidad.

¹³ «Encantador y sombrío, sincero y teatral, humilde y arrogante, Camus quería que lo amasen. A menudo lo consiguió. Deseaba, por supuesto, ser comprendido, pero no lo logró al final de su vida. Habló demasiado de la felicidad para ser con frecuencia feliz y sereno. También hay que imaginarlo desgraciado, como Sísifo. Le marcaron sufrimientos y tanto desgarramientos como separaciones. Pero sin ellos, ¿tendríamos *La caída*? Podemos aceptar o rechazar a Camus como escritor consagrado y a menudo asepsado en los manuales. Albert Camus es un clásico peligroso: se le enseña en todos los continentes y se le lee en todas las clases sociales»: Olivier Todd, *Albert Camus*, p. 758.

¹⁴ Albert Camus, *El hombre rebelde*, p. 246.

Sobre Proust, Camus menciona:

[...] su esfuerzo ha consistido en crear a partir de la realidad, obstinadamente contemplada, un mundo cerrado, insustituible, que no le pertenecía más que a él [...], el mundo de Proust no es en sí mismo más que una memoria. Se trata tan sólo de la más difícil y la más exigente de las memorias, la que rechaza la dispersión del mundo tal cual es.¹⁵

Proust crea un universo basado en observaciones del mundo real y le da a su novela un universo particular, es capaz de conferir unidad a su existencia. Además de que tiene una victoria sobre la muerte, ya que los recuerdos del narrador no pueden ser interrumpidos con la llegada de esta. Él no acepta la finitud como el acontecimiento definitivo para el cese de los hechos de su vida y utiliza el arte, la creación de sus novelas, para expresar la máxima rebelión del ser humano contra su más feroz y aterrador verdugo: la muerte.

La batalla contra el Tiempo siempre estará perdida. Lo único que me queda es la memoria, ¿pero qué clase de consuelo es este si no la puedo controlar? Confieso que siento una enorme frustración. Como no puedo retroceder el Tiempo, mi única opción es continuar. Invito a quien me lea que realice un ejercicio: piense en un evento de su niñez, si es posible recuerde cómo se sintió, ¿somos capaces de acceder a este tipo de memoria? Estamos acostumbrados a una reacción con el presente y lo inmediato. Trato de recordar un momento familiar cuando yo era niña, mi sentimiento proviene de mi «yo» actual, y tal vez lo que siento no se corresponda a lo que sentí en ese momento.

He aquí un ejemplo práctico: mientras escribía este ensayo me invadió un *flashback* de las vacaciones familiares a la playa. Tenía poco más de tres años, recuerdo la arena caliente entre mis dedos, el viento pegando en mi cara y revolviendo mi pelo en todas direcciones. Mi madre me sentó en una piedra y enjuagó mis piecitos con agua de una bote-

¹⁵ *Ibid*, p. 249.

lla para ponerme mis zapatos, era momento de ir a casa. Estos recuerdos aparecieron como cortometrajes que duraban segundos, me sentí abrazada y feliz por ese recuerdo infantil. Una vez que accedí a dicha memoria no pude regresar a ella por mi propia voluntad. Comencé a querer capturar esos momentos, reteniendo todo lo posible en mi memoria, tratando de sentir lo mismo, pero no pude.

¿Existe realmente lo que llamamos pasado? ¿Cómo puedo buscar mi unidad si estoy obligada a tomar el control de los acontecimientos del pasado y al mismo tiempo nada es confiable porque no es la misma «yo» la que lo vivió? ¿Se puede confiar en la memoria si no somos capaces de acceder a ella cuando y como queremos?

Lo que pasó ayer ya no es accesible. Eso, en sí mismo, es motivo suficiente para desesperarse.

Fuentes

Aparicio Maydeu, Javier *Lecturas de ficción contemporánea*, Cátedra, Madrid, 2009. Barthes, Roland, *Marcel Proust*, Paidós, Barcelona, 2022. Camus, Albert, *El hombre rebelde*. Alianza, Madrid, 2005. Unamuno, Miguel de, *Cómo se hace una novela*. Alba, Barcelona, 2021. Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, LA CASE Books, Los Angeles, 2022. Proust, Marcel, *En busca del tiempo perdido 1. Por el camino de Swann*, Alianza, Madrid, 2013. Proust, Marcel, *Sobre la lectura*, Cátedra, Madrid, 2016. Todd, Olivier, *Albert Camus*, Tusquets, Barcelona, 1997.